

de los libros de Balmes sólo admiraba *El Criterio* y— ¡quién se lo hubiera dicho al señor Carraspique!—en las novelas, prohibidas tal vez, de autores contemporáneos, estudiaba costumbres, temperamentos, buscaba observaciones, comparando su experiencia con la agena.

¡Cuántas veces sonreía el Magistral con cierta lástima al leer en un autor impío las aventuras ideales de un presbítero! «¡Qué de escrúpulos! ¡qué de sinuosidades! ¡cuántos rodeos para pecar! y después ¡qué de remordimientos! «Estos liberales, añadía para sí, ni siquiera saben tener mala intención. Estos curas se parecen á los míos como los reyes de teatro se parecen á los reyes».

Los sermones de don Fermín tenían por asunto casi siempre ó la lucha con la impiedad moderna, la controversia de actualidad, ó los vicios y virtudes y sus consecuencias. Él prefería esta última materia. De vez en cuando, para conservar su fama de sabio entre las *personas ilustradas* de Vetusta, la emprendía con los infieles y herejes. Pero no se remontaba á los egipcios, ni siquiera á Voltaire. Los herejes que descuartizaba el Magistral eran frescos. Atacaba á los protestantes; se burlaba con gracia de sus discusiones, buscaba con arte el lado flaco de sus doctrinas y de su disciplina eclesiástica. Describiendo á veces los Consistorios de Berlín hacía pensar al auditorio: «¡Pero aquellos desgraciados están locos!»

No era su afán pintar á los enemigos como criminales encenagados en el error, que es delito, sino como duros de mollera. La vanidad del predicador comunicaba luégo con la de sus oyentes y se hacía una sola; nacía el entusiasmo cordial, magnético de dos vanidades conformes.

«¡Lástima que tantos y tantos millones de hombres como viven en las tinieblas de la idolatría, de la here-

ja, etc., no tuviesen el talento natural de los vetustenses apiñados en el crucero de la catedral, al rededor del púlpito! La salvación del mundo sería un hecho.»

El empeño constante del Magistral en la *cátedra* era demostrar «matemáticamente» la verdad del dogma. «Prescindamos por un momento del auxilio de la fe, ayudémonos sólo de nuestra razón... Ella basta para probar...» ¡Gran interés ponía en que la razón bastase! «La razón no explica los misterios, es verdad: pero explica que no expliquen.»—«Esto es mecánico» repetía, descendiendo gustoso al estilo familiar. En tales momentos su elocuencia era sincera; cuando traía entre ceja y ceja un argumento, cuando se esforzaba en demostrar por su $a+b$ teológico-racional cualquier artículo de fe, hablaba con calor, con entusiasmo. Entonces, sólo entonces se descomponía un poco; dejaba los ademanes acompasados, suaves, académicos, y encogía las piernas, se bajaba como un cazador en acecho, para disparar sobre el argumento contrario, daba palmadas rápidas, sin medida sobre el púlpito, se arrugaba su frente, se erizaban las puntas de acero que tenía en los ojos, y la voz se transformaba en trompeta desapacible y algo ronca... Pero ¡ay! esto era perderse. Su público no entendía aquello... y De Pas volvía á ser quien era, se erguía, doblaba las puntas de acero y tornaba á descargar citas sobre los abrumados vetustenses, que salían de allí con jaqueca y diciendo:

«¡Qué hombre! ¡qué sabiduría! ¿cuándo aprenderá estas cosas? ¡Sus días deben de ser de cuarenta y ocho horas!»

Las damas, aunque admiraban también aquello de que Renán copia á los alemanes, y lo de que no hay más sabios que el P. Secchi y otros cinco ó seis jesuitas, con lo demás de Götinga y de Tubinga y lo del orientalista Oppen, etc., etc., preferían oír al Magistral

en sus *sermones de costumbres* y él también prefería agrandar á las señoras.

Si en los asuntos dogmáticos buscaba el auxilio de la sana razón, en los temas de moral iba siempre á parar á la utilidad. La salvación era un negocio, el gran negocio de la vida. Parecía un Bastiat del púlpito. «El interés y la caridad son una misma cosa. Ser bueno es *entenderla*.» Los muchos indianos que oían al Magistral sonreían de placer ante aquellas fórmulas de la salvación.

«¡Quien se lo hubiera dicho! después de haber hecho su fortuna en América, ahora en el *pais natal*, sin moverse de casa, podían ganar fácilmente el cielo. ¡Habían nacido de piés!» Según De Pas, los malvados eran otros tontos, como los herejes. Y también aquello era mecánico, también lo demostraba por $a+b$. Pintaba á veces, con rasgos dignos de Molière ó de Balzac, el tipo del avaro, del borracho, del embustero, del jugador, del soberbio, del envidioso, y después de las vicisitudes de una existencia mísera resultaba siempre que *lo peor era para él*.

Su estudio más acabado era el del joven que se entrega á la lujuria. Le presentaba primero fresco, colorado, alegre, como una flor, lleno de gracia, de sueños de grandeza, esperanza de los suyos y de la patria... y después, seco, frío, hastiado, mustio, inútil.

Casi siempre se olvidaba de decir la que les esperaba á las víctimas del vicio en el otro mundo. Aquella moral utilitaria la entendían las señoras y los indianos perfectamente. El resumen que hacía de ella en sus adentros era este:

«¡Guarda Pablo!»

«¡Qué razón tiene!» pensaban muchas damas al oírle hablar del adulterio. Las más de estas eran *mujeres honradas* que no habían sido adúlteras, que no habían hecho más que *tontear, como todas*. En ocasiones se les

figuraba á las apasionadas de don Fermín que el imprudente contaba desde el púlpito lo que ellas le habían dicho en el confesonario.

También en el tribunal de la penitencia había derrotado el Provisor al Obispo.

Cuando Camoirán llegó á Vetusta, se vió acosado por el *bello sexo* de todas las clases: todas querían al Obispo por padre espiritual. Pero en el confesonario se desacreditó antes que en el púlpito. ¡Era tan soso! Y tenía la manga muy estrecha y sin gracia. Preguntaba poco y mal. Hablaba mucho y á todas les decía casi lo mismo. Además, era demasiado madrugador y ni siquiera guardaba consideraciones á las señoras delicadas. Se ponía en el confesonario al ser de día.

Se le fué dejando poco á poco. Aquello de tener que mezclarse en la capilla de la Magdalena (del trasaltar) con multitud de criadas y beatas pobres, tenía poca gracia. Y el obispo las iba llamando por *rigorosa anti-güedad*, como en una peluquería, sin tener en cuenta si eran amas ó criadas. «Era demasiado *hacer el apóstol*.» Se le dejó.

Pronto se vió rodeado nada más de populacho madrugador. Canteros, albañiles, zapateros y armeros carlistas, beatas pobres, criadas tocadas de misticismo más ó menos auténtico, chalequeras y ribeteadoras, este fué su pueblo de penitentes bien pronto. «Por eso él se quejaba, muy afligido, de las malas costumbres y de los muchos nacimientos ilegítimos que debía de haber, según su cuenta. ¡Si tratara con señoritas!»

En una ocasión llegó á decirle al Gobernador civil:

—Hombre, ¿no estaría en sus atribuciones de usted prohibir el paseo de la zapatilla?

Aludía el obispo al paseo de los artesanos en el *Boulevard*, entre luz y luz.

Creía que de allí y de los bailes peseteros del Teatro nacía la corrupción creciente de Vetusta.

Así era el buen Fortunato Camoirán, prelado de la diócesis exenta de Vetusta la muy noble ex-corte; aquel humilde Obispo á quien el Provisor en cuanto entró en el salón reprimió con una mirada como un rayo.

El obispo estaba sentado en un sillón y las dos señoras en el sofá.

Eran Visita, la del Banco, y Olvido Páez, la hija de Páez el Americano, el segundo millonario de la Colonia.

El Obispo al ver al Magistral se ruborizó, como un estudiante de latín sorprendido por sus mayores con la primera tagarnina.

«¿Qué era aquello?» quería decir la mirada del Magistral, que saludó á las señoras inclinándose con gracia y coquetería inocente. «¡Unas señoras con el Obispo! Y ningún caballero las acompañaba! Esto era nuevo.»

Cosas de Visitación. Se trataba de seducir á su Ilustrísima para que fuese á honrar con su presidencia el solemne reparto de premios á la virtud, *organizado* por cierto círculo filantrópico. El círculo se llamaba *La Libre Hermandad*, nombre feo, poco español y con olor nada santo. En tal sociedad había una junta de caballeros y otra *agregada* de damas *protectrices* (gramática del Presidente del círculo).

La Libre Hermandad se había fundado con ciertos aires de institución independiente *de todo yugo religioso*, y su primer presidente fué el señor don Pompeyo Guimarán, que de milagro no estaba excomulgado y que no comulgaba jamás.

Era el Círculo algo como una oposición á *Las Hermanitas de los Pobres*, á la *Santa Obra del Catecismo*, á las *Escuelas Dominicales*, etc., etc. Desde luégo se le declaró la guerra por el elemento religioso y á los pocos meses no había un pobre en todo el Ayuntamiento de

Vetusta que quisiera las limosnas, los premios ni la enseñanza de *La Libre Hermandad*.

Las niñas de las *Escuelas Dominicales* y los chiquillos del *Catecismo*, que cantaban por las calles en vez de coplas profanas el

Santo Dios, Santo Fuerte,
Santo Inmortal,

y lo de

Venid y vamos todos
con flores á María,

inventaron un cantar contra el Círculo. Decía así:

Los niños pobres no quieren
ir á la Libre Hermandad,
los niños pobres prefieren
la Cristiana Caridad.

La *cristiana caridad* y la perfección de la rima revelaban el estilo de don Custodio el beneficiado, que era —á tanto había llegado—director de las *Escuelas Dominicales* de niñas pobres.

La Libre Hermandad se hubiera muerto de consunción sin el valeroso sacrificio de su Presidente. Comprendió el señor Guimarán que los tiempos no estaban para secularizar la caridad y las primeras letras y presentó su dimisión «sacrificándose, decía, no á las imposiciones del fanatismo, sino al bien de los niños abandonados.» Con la dimisión de don Pompeyo y la feliz idea de crear la junta agregada de damas *protectrices* ganó algo la sociedad benéfica, y ya no se la hizo guerra sin cuartel. Pero aún no había lavado su pecado original que llevaba en el nombre. El Provisor despreciaba el tal círculo.

Visitación fué la primera dama agregada, por su

prurito de agregarse á todo. Actualmente era la tesorera de las *protectrices*.

Se trataba ahora de borrar los últimos vestigios de herejía ó lo que fuese, congraciándose con la catedral y rogando al señor Obispo que presidiera el solemne reparto de premios aquel año. «Pero ¿quién le ponía el cascabel al gato?—Visitación, la del Banco.» ¿Quién más á propósito para tales atrevimientos? Por el bien parecer pidió que en su visita le acompañase otra dama *de viso*. Ninguna quiso ir, no se atrevían. Se votó y se nombró á Olvido Páez, por la representación de su papá y lo bien quista que era la joven en Palacio.

«—Sí—decía en la junta Visitación—que venga Olvido; así no creará el Magistral que el tiro va contra él; porque, como á mí no me puede ver...»

Y era verdad; el Magistral despreciaba á la del Banco y la tenía por una grandísima cualquier cosa. Era de las pocas señoras que ayudaban al Arcediano en su conspiración contra el Vicario general. Sin embargo, Visita confesaba á veces con don Fermín, á pesar de los desaires de éste. «Ya sabía él á qué iba allí aquella buena pécora, pero chasco se llevaba; la confesaba por los mandamientos y se acabó.»

«—¿Y qué más? adelante; ¿y qué más? estilo Ripamilán. Á buena parte iba la correveidile de Gloucester.»

Fortunato ya había dado palabra de honor de ir á la solemne sesión de la Libre Hermandad. Esto y el ver allí á la de Páez, su más fiel devota, agravó el mal humor del Vicario. Le costó trabajo estar fino y cortés y lo consiguió gracias á la costumbre de dominarse y disimular. Visitación se complacía en adivinar la cólera del Provisor y le abrumaba á chistes, y le mareaba con aquel atolondramiento «que á él se le ponía en la boca del estómago.»

—Pero, señoras mías—dijo De Pas—hablemos con formalidad un momento.

—¿Qué? ¿cómo se entiende? ¿quiere Vd. recoger velas, que se desdiga S. I.?

—Creo, que...

—Nada, nada! La palabra es palabra. Nos vamos, nos vamos; ea, ea, conversación; no oigo nada... Vamos, Olvido... no oigo... no oigo...

Por una especie de milagro acústico cada palabra de Visitación sonaba como siete; parecía que estaba allí perorando toda la junta de *protectrices*.

Se levantó y se dirigió á la puerta llevando como á remolque á la de Páez.

El Magistral protestó en vano: «Aquella sociedad la había fundado un ateo, era enemiga de la Iglesia...»

—No hay tal—gritó desde la puerta Visita;—si así fuera, no figuraríamos nosotras como damas agregadas.

—Yo lo soy—advirtió la de Páez—por empeño de ésta que convenció á papá.

—Pero, señores, si la *Libre Hermandad* ha cantado ya la palinodia; si desde que ingresamos en ella nosotras, se acabó lo de la libertad y toda esa jarana...

—Tiene razón—se atrevió á decir el Obispo, á quien todavía engañaba el aturdimiento postizo de la del Banco;—tiene razón esa loquilla...

—No tiene tal!—gritó el Provisor, perdiendo un estribo por lo menos.—No tiene tal; y esto ha sido... una imprudencia.

Visita volvió la cara y sacó la lengua. «¡Cómo le trata!» pensó, envidiando á un hombre que osaba llamar imprudente al obispo.

Las damas salieron: S. I. quedó corrido; y después de indicar al Magistral que las acompañara por los pasillos estrechos y enrevesados, se puso en salvo, encerrándose en el oratorio, para evitar explicaciones.

El Magistral no pensó en buscarle.

La de Páez iba con la cabeza baja. Temía también una reprensión del prebendado. Éste aprovechó un momento en que Visita se detuvo para saludar á una familia que ella había recomendado al Obispo, y acercándose al oído de la joven dijo en tono de paternal autoridad:

—Ha hecho Vd. mal, pero muy mal en acompañar á esta... loca.

—Pero si me votaron...

—Si Vd. no fuera de esa junta...

—Papá espera á Vd. hoy á comer. Iba á escribirle yo misma, pero dése Vd. por convidado.

—Bueno, bueno; ¿no le gusta á Vd. oír las verdades?

—Lo que digo es que papá...

—Pues hoy no puedo ir... á comer. Estoy convidado hace días... otro Francisco que... pero allá nos veremos dentro de una hora; en cuanto despache deprisa y corriendo...

Se despidieron; las damas salieron á la calle y el Provisor entró, dejando atrás pasillos, galerías y salones, en las oficinas del gobierno eclesiástico.

Llegó á su despacho el señor vicario general, y sin saludar á los que allí le esperaban, se sentó en un sillón de terciopelo carmesí detrás de una mesa de ministro cargada de papeles atados con balduque. Apoyó los codos en el pupitre y escondió la cabeza entre las manos. Sabía que le esperaban, que pretendían hablarle, pero fingía no notarlos. Esta era una de las maneras que usaba para hacer sentir el peso de su tiranía; así humillaba á los subalternos; despreciándolos hasta no verlos á los dos pasos. Primero era su mal humor. Un mal humor de color de pez. La bilis le llegaba á los dientes. ¿Por qué? Por nada. Ningún disgusto grave le habían dado; pero tantas pequeñeces juntas le habían echado á perder aquel día que ha-

bia creído feliz al ver el sol brillante, al lavarse alegre frente al espejo. Primero su madre tratándole como á un chiquillo, recordándole las calumnias con que le perseguían; después las noticias alarmantes y las bromas necias del médico, luego aquella Visitación, la Libre Hermandad, Olvidito faltando á la disciplina... y sobre todo aquel demonio de Obispo alarmándole con su humildad, recordándole nada más que con su presencia de liebre asustada toda una historia de santidad, de grandeza espiritual enfrente de la historia suya, la de don Fermín... que... ¿para qué ocultárselo á sí mismo? era poco edificante... Aquel paralelo eterno que estaba haciendo Fortunato sin saberlo, irritaba al Magistral. Y ahora le irritaba más que nunca. Ahora le parecía que la superioridad intelectual del vicario era nada en frente de la grandeza moral del obispo. Él era la única persona que sabía comprender todo el valor de Fortunato. ¡Qué poéticas, qué nobles, qué espirituales le parecían ahora la virtud del otro, su elocuencia, su culto romántico de la Virgen! Y las propias habilidades ¡que ruines, qué prosáicas! su carácter fuerte y dominante ¡qué ridiculo en el fondo! «Á quién dominaba él? Á escarabajos!»

—¿Qué hay?—gritó con voz agria, levantando la cabeza y mirando á los escarabajos que tenía enfrente.

Eran un clérigo que parecía seglar y un seglar que parecía clérigo; mal afeitados los dos, peor el sacerdote que mostraba el rostro lleno de púas negras ásperas; vestían ambos de paisano, pero como los curas de aldea; el alzacuello del clérigo era blanco y estaba manchado con vino tinto y sudor grasiento; el cuello de la camisa del otro parecía también un alzacuello; usaba corbatín negro abrochado en el cogote.

Don Carlos Peláez, notario eclesiástico que desempeñaba otros dos ó tres cargos en Palacio, no todos

compatibles, se jactaba de ser una de las personas más influyentes en la curia eclesiástica y aun en el ánimo del señor Provisor. Bien iba á probarlo ahora interponiendo su favor para arrancar al mísero párroco de Contracayes, aldea de la montaña, de las garras de la disciplina. Había habido *un soplo*, cosa de envidiosos, y el Provisor sabía que Contracayes (el cura) tenía la debilidad de convertir el confesonario en escuela de seducción. De Pas había querido echar todo el peso de la censura eclesiástica y las más severas penas sobre Contracayes; pero gracias á los ruegos del notario había consentido, antes de proceder, en celebrar una conferencia con el párroco montañés, prometiendo que, si advertía en él verdadero arrepentimiento, se contentaría con un castigo de carácter reservado, que en nada perjudicaría la fama del clérigo, gran elector, y muy buen partidario de la causa óptima.

—¿Qué hay?— repitió el Magistral, sonriendo por máquina al notario.

Peláez señaló á su compañero, que era un buen mozo, moreno, de cejas muy pobladas, ceño adusto, ojos de color de avellana que echaban fuego, boca grande, orejas puntiagudas, cuello muy robusto y abultada nuez. Parecía todo él tizado, y no lo estaba; tenía tanto de carbonero como de cura; aquel matiz de las púas negras entre la carne amoratada de las mejillas se hubiera creído que le cubría todo el cuerpo. Nunca se había visto enfrente del Provisor, á quien temía por los rayos que manejaba, pero nada más hasta el punto que un gigantón salvaje puede temer á quien puede aplastar, en último caso, de una puñada. Notó don Fermín que Contracayes estaba más aturrido que atemorizado. Saludó el cura con un gruñido, y el Provisor no contestó siquiera.

El notario se volvió todo mieles; se sentó de soslayo en una silla para dar á entender al cura que estaba

allí como en su casa; hablaba con el lenguaje más familiar posible, sin pecar de irreverente; se permitía bromitas y estuvo á punto de declarar que el pecado de solicitud no era de los más feos y que se podría echar tierra fácilmente al asunto. Y como el Magistral arrugase el ceño, Peláez mudó de conversación y habló con falso aturdimiento de las últimas elecciones y hasta aludió á las hazañas de cierto cura de la montaña que conocía él, que había metido el resuello en el cuerpo á una pareja de la guardia civil. Contracayes sonrió como un oso que supiera hacerlo.

El Magistral estaba pensando en la manera de solicitar á sus penitentes que tendría aquel salvaje... Hubo un momento de silencio. No se había hablado palabra del *negocio* y hasta el mismo Peláez comprendió que había que abordar la *cuestión espinosa*.

Don Fermín, recordando de repente su mal humor, sus contratiempos del día, se puso en pié y encarándose con el párroco — que también se levantó como si fueran á atacarle, dijo con voz áspera:

—Señor mío, estoy enterado de todo, y tengo el disgusto de decirle que su asunto tiene muy mal arreglo. El concilio Tridentino considera el delito que Vd. ha cometido, como semejante al de herejía. No sé si Vd. sabrá que la Constitución *Universi Domini* de 1622, dada por la santidad de Gregorio XV le llama á Vd. y á otro como Vd. execrables traidores, y la pena que señala al crimen de solicitar *ad turpia* á las penitentes, es severísima; y manda además que sea Vd. degradado y entregado al brazo secular.

El párroco abrió los ojos mucho y miró espantado al notario, que, á espaldas de don Fermín, le guiñó un ojo.

—Benedicto XIV—continuó el Magistral—confirmó respecto de los solicitantes las penas impuestas por Sixto V y Gregorio XV... y, en fin, por donde quiera que se mire el asunto está Vd. perdido...

—Yo creía...

—Creía Vd. mal, señor mío! Y si Vd. duda de mi palabra, ahí tiene Vd. en ese estante á Giraldi: «*Expositio juris Pontificii* que en el tomo II, parte 1.^a, trata la cuestión con gran copia de datos...»

El señor Peláez estaba acostumbrado al estilo del Provisor, que nunca era más erudito que al echar la zarpa sobre una víctima.

—Señor—se atrevió á decir Contracayes, algo amostazado y perdiendo mucha parte del miedo;—con la palabra de V. S. tengo ya bastante, y no es de los sagrados cánones de lo que me quejo, sino de mi mala suerte que me hizo resbalar y caer donde otros muchos, muchísimos que conozco resbalan pero no caen.

El Magistral se volvió de pronto, como si le hubiesen mordido en la espalda.

—¡Salga Vd. de aquí, señor insolente, y no me duerma Vd. en Vetusta!...—gritó.

—Pero, señor...

—¡Silencio digo! silencio y obediencia ó duerma Vd. en la cárcel de corona...

Y el Magistral descargó un puñetazo formidable sobre la mesa-escritorio.

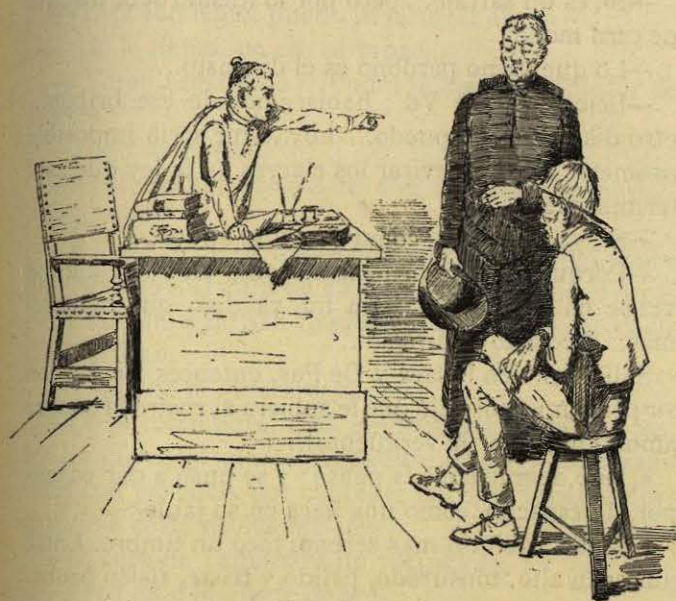
—¡Pues para este viaje no necesitábamos alforjas!—gritó Contracayes, no menos furioso, volviéndose al consternado Peláez, que no había previsto aquel choque de dos malos genios.

—Pero, señores, calma...

—¡Fuera de aquí, so tunante!—gritó el Magistral terciando el manteo, descomponiéndose contra su costumbre...—¡Desgraciado de ti! date por perdido, mal clérigo...

—¿Pero yo qué he dicho, señor?—exclamó el párroco, que se asustó un poco ante la actitud de aquel hombre, en quien reconocía la superioridad moral de un Júpiter eclesiástico.

En cuanto conoció que su autoridad se acataba, De Pas fué amansando el oleaje de su cabeza; y al fin, pálido, pero con voz ya severa:



—Salga Vd.—dijo señalando á la puerta—salga Vd... libre por ser un loco... pero ni dos horas permanezca en la ciudad, ni hable con alma viviente de lo ocurrido aquí... y en cuanto á su crimen execrable, yo me entenderé, sin necesidad de ver á Vd., con el señor Peláez, y él le comunicará lo que resolvamos.

El clérigo quiso humillarse, pedir perdón...

—Salga Vd. inmediatamente.

Salió.

Peláez temblando y lívido se atrevió á decir:

—¡Cuánto siento!... señor Magistral...

—No sienta Vd. nada. Han venido Vds. en mal día. Estoy nervioso. Quise asustarle, imponerle respeto

por el terror... y no conté con mi mal humor; me he exaltado de veras, me he dejado llevar de la ira...

—¡Oh, no, eso no! él si que es un animal, un salvaje...

—Sí, es un salvaje... pero por lo mismo debí tratarle de otro modo.

—Lo que yo no perdono es el disgusto...

—Deje Vd., deje Vd.; hablaremos de ese bribón... otro día. Hoy no puedo... hoy... me sería imposible prometer á Vd. suavizar los rigores de la ley que está terminante.

—Sí, ya sé... pero, como nunca se aplica...

—Porque no hay pruebas... como ahora. Y alguna vez se ha de empezar. En fin, ya digo que hablaremos... Necesito estar solo...

Salió también Peláez y De Pas, entonces á solas con su pensamiento, dejó que le subiera al rostro la sangre amontonada por la vergüenza...

«¡Qué degradación!» pensó; y se puso á dar paseos por el despacho, como una fiera en su jaula.

Cuando se sintió más sereno, tocó un timbre. Entró un joven alto, tonsurado, pálido y triste, tísico probablemente. Era un primo del Magistral que hacía allí veces de secretario.

—¿Qué habéis oído?

—Voces; nada.

—El cura de Contracayes, que es un salvaje...

—Sí, ya sé...

—¿Qué hay?

—Nada urgente.

—¿De modo que puedo irme? No me necesitáis...

—No; hoy no.

—Bueno, pues me voy... me duele la cabeza... no estoy para nada... Pero no se lo digas á mi madre... Si sabe que dejé el despacho tan pronto... creará que estoy enfermo...

—Sí, sí, eso sí.

—Ah! oye; la licencia para el oratorio de los de Páez, ¿vino ya?

—Sí.

—¿Está corriente, puedo llevármela ahora?

—Ahí la tienes, en ese cartapacio.

—¿Va en regla todo? ¿Podrá doblar el coadjutor de Parves?...

—Todo va en regla.

—Aquí veo una tarjeta de don Saturno Bermúdez. ¿Á qué vino?

—Á lo de siempre, á que no hagamos caso del pobre don Segundo, el cura de Tamaza, que reclama el dinero de las misas de San Gregorio que le ha hecho decir don Saturno...

—Y que no le quiere pagar.

—Es su costumbre. Está empeñado con todo el clero. Ha salvado á medio purgatorio (el joven tonsurado tosió con violencia por contener la risa), á medio purgatorio á costa de sus *ingleses*.

—El cura de Tamaza es un vocinglero...

—Pero pide lo que le deben...

—Pero no se puede hacer nada... ¿Quieres tú que yo me ponga de punta con el obispillo de levita?

—Eso no. Lo pagaríamos en el *Lábaro* que él inspira y que ahora te trata bien. Á propósito de periódicos; ayer venía en «*La Caridad*» de Madrid una correspondencia de Vetusta, y, mucho me engaño, ó en ella andaba la mano de Gloucester.

—¿Qué decía?

—Tontunas, que los carlistas estaban enseñoreados de algunas diócesis en que, contra el derecho, eran vicarios generales los que no podían serlo, sino interinamente y por gracia especial; pero que por ciertos servicios á la causa del Pretendiente, los superiores jerárquicos hacían la vista gorda.